

cion ó embriaguez del tener mas; animal, en fin, que aun preso y atado da temor su poder: así, el avaro rico solo su nombre da miedo en el oído del pobre; y aunque forzosamente le haya menester, huye de su poder soberbio. ¡Cuántos hombres, prosiguió Juanillo, tendrá este lugar parecidos á este fiero animal! Y para que lo admire, repara, amigo Onofre, en aquel tan pensativo, con aquella capa de color, tan raída como su conciencia; es hombre de cien mil ducados, y vive en una jaula que ha labrado, mayor que la que habia menester tal pájaro, donde tiene un sótano, y porque diferencia á los otros, son sus puertas de hierro, y aun al sol le niega el que registre su estancia, pues le oprime la entrada á la luz con tres rejas de hierro, que mas parece locutorio de cartujas que calabozo del logro y usura. Este, cuando ha menester algun dinero para emplear, baja al infierno, donde está peando su cuidado, y á su propia hacienda pide la cantidad que ha menester, ofreciéndose á veinte por ciento; y lo hace porque le han dicho que un hombre vende una casa con necesidad para pagar ciertas deudas que lo aprietan; ó que otro vende unas piezas de plata de mucha hechura, y la pierde toda, obligándole á ello el corto poder. Para estos empleos saca el dinero, pero para prestar al necesitado, como él no lo es de los bienes temporales, no se acuerda que hay necesidad en el mundo, y jamás verá llegar algun pobre á su puerta, porque conocen la esterilidad de sus umbrales y la infernal condicion del dueño. ¡Oh vil cardo, que no das fruto hasta estar enterrado! Yo creo que ha de venir á ser como Creso, hombre riquísimo, á quien mató su gula, pues le venció á que comiese oro derretido; ¿pero qué no hará un avariento poderoso? Mal hace, dijo Onofre, siendo dueño de tanta hacienda, en extrañarse de la caridad y olvidarse de que con una mortaja y siete piés de tierra le ha de pagar el mundo.

Atiende, dijo Juanillo, á lo que aquellas dos picaronas de mantilla blanca con aquel hombre, que ayer le vi que andaba vendiendo un guardapiés de bayeta de su mujer, y á fe que no es buena señal vender tal alhaja á entrada de invierno, y no sé de qué come, que siempre le veo con la capa en el hombro vendiendo prendas. Aquí llegaba Juanillo, cuando oyeron que las dos busconas le pidieron las diese unos dulces, y él muy contento las llevó á una confitería. ¡Que se atrevan dos picaronas como estas, dijo Onofre, de tan ordinario pelaje á pedir dulces á un hombre, y que haya hombre que se los dé y se pague de tal! Amigo, respondió Juanillo, el pedir las fregatrices dulces ya es tan comun como el chocolate. Pues dejemos, replicó Onofre, lo que no tiene muy fácil el remedio, y dime qué hace tanta gente en aquellas rejas. Allí, respondió Juanillo, es la estafeta, y hoy es la de Badajoz, y ha de haber bravo rato en el mentidero, dosef de las Covachuelas de San Felipe. ¿Por qué das nombre de mentidero, dijo Onofre, á un lugar sagrado? Yo, prosiguió Juanillo, no trato al lugar con indecencia; á los que mienten en él, siendo sagrado lugar, es solo á los que llamo mentideros, pues profanándole, le hacen mentidero, que entre ellos se dicen

mas mentiras que entre sastres y mujeres; y porque veas algo de lo mucho que pasa en esta lonja, repara en aquel hombre que acaba de leer aquella carta, y verás el ruido que mete con ella. Así fué, pues apenas lo hubo hecho, cuando doblándola, la guardó, y sacó otra con mas renglones que letras tenia la que guardó, y subiendo las gradas, se paró como que leia, á tiempo que se llegaron á él mas de veinte personas. Uno decia: ¿Qué hay de nuevo, señor Fulano? Otro: ¿Tenemos algo bueno? Otro preguntaba si era carta del ejército. Otro decia: Señor capitán don Sancho, sáquenos de dudas. Otro, en voz alta que resala á todos, decia: Esta carta será cierta y verdadera. En fin, todos puestos en rueda y él en medio, empezó á leer y á llegarse mas gente que á los primeros besugos. Tardó en leer la carta mas de una hora, y la que tomó en la estafeta no tardó el tiempo que se gasta en rezar un Ave María. Salía la gente del cerco del enredo, unos santiguándose, otros estirándose de cejas, otros mordiéndose los labios, otros apretándose las manos y dando recias patadas; y viendo estas acciones, se llegaba mucha gente y preguntaban qué nuevas habian venido. Acabó de leer la carta ó tramoya con letras, y quedóse en el sitio rodeado de noveleros, contando la disposicion del ejército, prevencion de la campaña y sitio del enemigo y dando su parecer en el modo con que se habia de gobernar la gente para un asalto y por dónde convenia el darle.

¿Ves este hombre? dijo Juanillo, pues en su vida ha salido de Madrid, y le llaman el señor capitán, y le oírás contar de mas de quinientas heridas que le han dado en la guerra; y dice bien, que algunos que le conocen le dicen que no sea enredador; y á buen entender, heridas son bien penetrantes el decir las verdades á quien carece dellas; mas él poco las siente, pues no se enmienda; y yo apostaré algo á que la carta que ha leído ha sido escrita esta noche en su posada para con ella embobár hoy á cien tontos que tienen librado el gusto en las mentiras que oyen, que la carta que él tomó en la estafeta puede ser que sea de un bodegonero que se ausentó estotro dia, en cuya casa comia este capitán mentira, y le enviaria á pedir la monta de las tajadas con dientes que le quedó debiendo, que en toda cuanto gente aquí ves no hay diez soldados, y cierto que me admira que los noveleros no hayan reparado en tu alquicel, y te hayan cogido en medio de cincuenta á preguntarte de tu cautiverio, y pudieras sin mentir entretenerlos mejor que aqueste mentecato con su carta postiza, pues habla sin fundamento, y tú con él podias hablar. Raro humor de gente, respondió Onofre, pues se creen tan de ligero de quien no saben que sea cierto lo que dice. Yo soy soldado, pero no contara cosa en cuanto á los sitios de la campaña; solo lo hiciera á otros que supiera yo que eran soldados; que hablar con quien en su vida ha sabido volver á su nido la espalda ni sabe lo que se pasa cuando no hay que pasar, para mí creyera que era dar voces al viento, que nunca responde cosa conforme mas de con los últimos acentos que oye.

Quien con quietud vive en la tierra ¿cómo ha de saber regir ni gobernar los estados de la milicia? ¿Qué pareciera que un pastor, que en su vida ha salido de guardar ganado, se pusiera á leer teología sin haber estudiado letra? Este, gobernando su ganado, acertara; un mercader tratado en sus mercaderías no puede errar mucho, pero mucho errará dando pareceres de letrado si no estudió para ello. Acudiendo cada uno á su ejercicio, está todo quieto y en paz; yo nunca gastara el tiempo tan mal gastado como escuchando á quien no es profesor verdadero de la materia en que trata, porque el que habla de aquello que no entiende, es como el tiro que sale casualmente sin gobierno de la mano del que tira, que siempre va errado; y es cosa muy cierta que el que habla en lo que no alcanza ni entiende, miente, y se imposibilita para ser creído en lo que profesa.

Inquietólos de su conversacion las voces que dos soldados, al parecer, daban sobre el volar una mina, y mas volaban sus levantadas voces, pues llegaban al campanario. Uno decia: Señor capitán, vuestra merced ha lidiado siempre en partes que no ha habido necesidad de abrir minas, y así mal puede entender lo que no ha visto. Pero algo picado el tal que escuchaba, le respondió: Por eso he abierto muchas bocas en pechos contrarios, lo que vuestra merced no ha llegado á hacer. Enojáronse, y púsolos en paz un hombre de madura edad, con su espada en el lado, y en las manos una muleta, y el vestido harto trabajoso. ¿Has visto la pendencia de los dos? preguntó Juanillo á Onofre; pues aquel de las plumas en el sombrero es tropista, y nunca ha servido de otra cosa, y cuando va á llevar gente, se le muda el color del rostro, pues el que le ves ahora, afrenta de tomate maduro, se le vuelve pálido, siendo causa el perder la vista los bodegonos de la Puerta del Sol; y el otro es destos que buscan gente, á quien con promesas hacen sentar plaza de soldados, administrando este ejercicio, peor que el de los moros cosarios de Argel, por lo que de cada uno les toca; y aquel buen viejo bien se nota en él el ser soldado en el vestido que le adorna; y aunque la edad le ha jubilado algo los bríos, no por eso ha desechado la espada del sitio que siempre ocupó. Mira con qué razones, pocas y corteses, y por lo corteses penetrantes, los ha puesto en paz, y ha mudado de sitio. Repara en aquel hombre de la capa parda, tan capuchina de remiendos, y el sombrero tan espumador, segun la grasa que siempre trae. Ha estado todo el dia remendando zapatos á la puerta de un zaguan, y hora viene á oír mentiras, que á él le sirven de descanso el rato que deja ocioso el boj; pero tiene una cosa buena, que oye y calla; pues jamás le he visto meter la mano en el plato de esta lonja; y aquel que va con él es un escudero destos que en la picardía son ciento y tantos, empleándose en su mejor edad, sin guardar los preceptos que se debe á la golilla, en dar capa á unos vestigios, con tocas ó huesos entre algodón, donde solo quedó el fui lleno de deseos de volverlo á ser, desde la mortaja de la toca, dueñas en fin, y tiene tan extraña condicion á la del zapatero, que puede ha-

blar con todas las monjas que hay en Madrid; mira cómo ponen tienda de su mercadería. Así fué, pues sosegados, empezó el rodrigón á menear su taravilla, y se le fué llegando mas gente que á pragmática nueva y deseada, empezando á jugar de aquel bocado peor y mejor que tiene el hombre segun usa dél. Y despues de haber hablado gran rato en los estados de la milicia y gobierno de la campaña, mudó la plática, tratando de la carestía de los mantenimientos, y decia: Que en un año como este, tan abundante de todo, como Dios nos ha dado, que podian las hormigas, con lo que adquieren de los desperdicios del labrador, poner tienda de panecillos, ¿valga un pan lo que vale? A lo que respondió otro: No tiene la culpa el panadero que le vende; la culpa tiene la hormiga que lo almacena. Luego proseguia diciendo: ¿Que valga una libra de carne tanto en un tiempo tan abundante como apregona la cuerda Extremadura? A que respondió otro: La culpa tienen nuestros pecados. Otro que habia perdido en todas estas ocasiones el ejecutar heridas con su lengua, viendo ocasion en la vacante, se opuso, echando la mano á los bigotes, que por lo copiosos parecian cosas de su piel, siendo la suya de zorro, y dijo abriéndose de piernas, sacando el papel del tabaco: ¿Que en un año tan fértil como este valga una azumbre de vino aguado y mal medido catorce cuartos? En verdad que lo he conocido yo bueno y bien medido por seis, y menos. En fin, cada uno dijo su alcaldada corta, porque el báculo de vidas perdurables no daba lugar á mas. Este hombre que tanto habla, preguntó Onofre, ¿entiende algo de lo que trata? No, respondió Juanillo, porque ni es estudiante ni soldado, y le juzgo tan imposibilitado de saber, que las cinco vocales no han llegado á su noticia. Pues mal puede hablar bien quien miente de continuo, replicó Onofre; que á los animales se les sigue gran daño en no poder hablar, y á los hombres mucho mayor por hablar mucho. La lengua es esclava del hombre; pero si la deja libre, se truecan las suertes, quedando el hombre hecho esclavo de su lengua, y siempre tiene en el pico su corazón, manifestando lo mas secreto y escondido que hay en él. El que quisiere hablar bien ha de hablar siempre verdad; y este hombre no tiene entendimiento ni es capaz de discurso, pues no tiene miedo á su lengua, oyéndola con dos oídos tan cercanos. Bruto parece, pues no conoce que está su muerte debajo de su lengua, y el centro de la muerte debajo de sus piés. Quien mucho habla, mucho yerra, aunque no sea mas que en la demasia, es certísimo.

Aquí llegaba Onofre, cuando saliendo del cerco de la mentira el zapatero de obra segunda, y viendo en Onofre señales de cautivo, se acercó á él, mirándole atento, sin hacer movimiento mas de con las cejas, hasta que llamándole Onofre, le preguntó si era mudo. A quien respondió: No lo soy; parecerlo quisiera, que hablar sin ocasion es querer ser sin ocasion oído; y al que tiene miedo en el hablar, el silencio le hace cuerpo de guardia y defiende; y así, mas vale ser mudo que

hablar cuando no hay ocasión, como aquel majadero que juega tanto, que no deja hacer baza á nadie. Quien tan bien discierne las razones como vos, dijo Onofre, merece ser oído; y si yo puedo servirlos en algo, preguntad, como sea poco; porque de las palabras se ha de usar como del vestido; y véase parte de él, y parte de él se encubre. A lo que el zapatero prosiguió diciendo: Me parece que nos entendemos; y así, siguiendo vuestro humor, digo que no seré molesto, pues la razón hablada sin tiempo queda hecha señora del hombre; y callando, me veo señor de todas las razones. Bien decís, replicó Onofre, que á mi entender el cuidado de naturaleza en poner dos oídos tan cercanos á la lengua no fué otra cosa que decir: Ahí pongo dos guardas para que uses con medida de ese instrumento, pues es muy cierto que el que calla vive seguro, y el que habla suele dañarse á sí y á otros, y el mayor enemigo que tiene el hombre es su lengua mal gobernada, pues mas posible es callar bien que bien hablar; y así, solo os suplico me digais de dónde sois, dónde os cautivaron, qué trato os hacían y quién os rescató. A lo que Onofre satisfizo diciendo: Mi patria es la gran ciudad de Nápoles; cautiváronme cerca del presidio de Larache, habiendo salido á hacer leña con otros soldados; la fortuna favorable me dió un amo, aunque moro, hombre de piadoso natural y buen entendimiento; tratóme mejor que yo merecía, y por haberme oído quejar de mi fortuna diversas veces, me preguntó la causa, y habiéndome oído decir que solo era el deseo de ver á Madrid, movido á piedad me ofreció el rescate para la primera ocasión que hubiese, como lo cumplió, entregándome á la redención que ha hecho ahora la religiosísima órden de la Merced, y el padre redentor, á quien mi amo encargó mi persona, lo ha hecho conmigo como padre, hasta ponerme en Madrid; treinta meses estuve cautivo, que solo los sentí en no poder frecuentar los sacramentos con la libertad que entre cristianos. Esto es haber respondido á vuestra pregunta; mirad si mandais otra cosa. Solo serviros, dijo el zapatero, y pues me habeis hecho sabidor de lo que ignoraba, quedad con Dios, y advertid que no soy mas de un pobre remendon de zapatos; la fortuna no me dió mas bienes que los que os he dicho; pero con ellos vivo quieto y gustoso, oigo y callo; y así gozo del mundo, y creo por cosa muy cierta que un tropezón que da el hombre, aunque salga herido dél, tiene cura, y la medicina y el tiempo le sana; pero el tropezón de la lengua no le sana el tiempo ni la medicina. Fuése sin hablar mas palabra, y Onofre quedó espantado de ver un hombre tan miserable y tan cuerdo. En mi vida, dijo Juanillo, le he oído hablar otro tanto, y le conozco hartos tiempos ha. Si habla siempre como ahora, respondió Onofre, lástima es que calle, que aunque el silencio es sueño del entendimiento, se ha de usar dél con buen medio; que el hombre se diferencia del animal en la razón, que sin ella no fuera mas de un bruto, y á este hombre le adornó y enriqueció mucho el buen lenguaje. Así es, replicó Juanillo, pues la cosa mas fea que hay

en el viviente es buen cuerpo, gala y disposición, si con ello tiene mala lengua habladora.

Hízolos dejar la conversacion el alboroto de dos ciegos que, tirándose recios palos, eran parte para que en lugar de ponerlos en paz, huiesen dellos los que lo vian, hasta que los sosegó, haciendo dejar el paloteado, una vendedora de escaarpines, y ya algo quietos, dijo el uno muy colérico, limpiándose los mocos á las mangas del jubon y meneando los hombros á son de zarambeque: Anda, hijo de la alcahueta á no poder mas, que yo me vengaré de tí en la primera relacion que salga, que tengo de hacer que no te den pliego que vender. En cuanto á lo de mi madre, respondió el otro, mientes en decir que fué alcahueta á no poder mas, porque sé que murió de treinta años, y no era edad en que no podía hacer primeros papeles; pero la tuya dejó el ser frazada por baqueta, y si no tuvo otro oficio, fué por tener mala cara, que nunca á tí te engendrara tu padre, si tuviera vista. Hízolos callar otro ciego, y para que dejasen el puesto y el enfado, los dijo que en la manta colorada lo habia como de lo caro, y que allí tenia para media, que le siguiesen. Hiciéronlo, dejando que reir á los que habian visto la pendencia, y la que los puso en paz, tratanta de escaarpines, sobre volver por el uno de los dos ciegos, trabó pendencia con ella otra de su trato, donde salió en público las faltas y sobras; y despues de las lenguas anduvieron las manos entre los mal peinados rebujos de pelo, hasta que un mozo de los que sacan barato de los boliches las puso en paz, diciendo: ¿Es posible que dos mujeres como vuestras mercedes hayan llegado á este extremo en la calle, donde todos lo notan? Cierito que me espanta que siendo tan amigas se pierdan el respeto. Cada una dió su disculpa, y ya sosgadas, fueron á echar la pesadumbre abajo, acompañadas de aquel hidalgo del ajuste.

¿Qué te parece, dijo Juanillo á su amigo Onofre, de lo que pasa en esta lonja? Cree que es uno de los mejores sitios que tiene Madrid para un rato de divertimento; pues ya es tarde, si te parece, vámonos paseando al Hospital General, para que veas unas de las mejores casas que tiene España para pobres de todas enfermedades; y de camino veremos la de los niños desamparados, á quien recoge el amparo y caridad, que es una casa de mucha consideracion; y para que no sientas el camino, haz reparo en aquel hombre macilento que está en aquel umbral de aquella puerta; era su hacienda muy florida, y por lo pericon se la han comido las pendangas deste lugar. Tenia, cuando tenia, el mas raro humor que hombre en el mundo; decia que quién habia de sufrir los enfados y ahogos de un matrimonio, ni los melindres, celos y empeños de una dama. Pero conociéndole el capricho una de las marchadas de este país, le ha puesto en el estado que ves, pues lo mísero del vestido dice la posibilidad de su dueño. Pero dime por tu vida, preguntó Onofre, ¿cómo se dejó engañar de las mujeres, pues, segun has contó, huia tanto de sus empeños? El cómo no sé, pero sé del modo que engañan, prosiguió Juanillo, á los boquiru-

bios como este; y porque no sientas el viaje, como tengo dicho, te lo contaré.

Llega una destas, toda agojetas, vestida á la francesa, con muchos lazos, que no es nuevo en ellas el ser todas lazo, y en viendo á un hombre que saben que tiene, se estriegan á él, con que le dejan apestado. Mirala el bobo, á quien deja rozado con galas y inquietado con una ojeada que le dió, pero no habla palabra por establecer su condicion, solo contempla el desuido con que lleva el cabello hecho un pensil de flores, que como suele ofrecer la ocasion los cabellos al amor, estas buscan la ocasion con los cabellos, haciendo dellos líneas y paralelos al pecado. No deja de parecerle bien, aunque se fuerza lo posible á desviar de sí algunos motivos con que le brindó el niño amor. Véncese, y procura el desvío; ella, que vuelve la vista á ver si ha obrado su cebo, repara en que sí, pues nota el que tiene los labios secos con lo que ha babeado, y los procura remojar con quien muere; vuelve la dama á buscar ocasion de encontrarse con él, y al emparejar le mira y dice: No entendí que eran tan cobardes los hombres. Hácele con esto asomar colores al rostro, y por apaciguarla la sigue; dicele si hablaba con él; ella responde que sí; que bien podia pagarla algunos de los muchos desvelos que le cuesta. El que oye estas ternezas á la vista del sol de junio empieza á responder, disimulando lo mejor que puede; trábase conversacion algo estrecha, y el tonto, mas tierno que una melecucha, la dice si le ha de querer por interés, á que responde la astuta culebra: Mujeres de mi porte, sangre y reputacion no se determinan á semejantes empeños movidas del interés, pues solo amor es quien preside. Con esto, simplemente cree que le quieren por su persona no mas, y dice entre sí: Mujer que sin interés quiere, merece ser querida, sin reparar el tonto que jamás ha habido mujeres de tal color, que ahora se usan colores tristes y desesperados; y en todo tiempo sus dádivas no han sido mas que tristezas y desesperaciones. A pocos lances se determina ella á ver si el buril de su astucia puede labrar aquel bruto diamante, y por medio de una criada, bien alicionada, le envia á decir que la ha sucedido un disgusto grande, y para remediar lo posible de él la haga merced de enviarla quinientos reales; y que para memoria de reconocerse su deudora tome las joyas que lleva aquella criada. La que lleva el recado ha sido del arte desde edad de diez años; miren si sabrá hacer bien el papel. Da el recado, aun mejor que su ama se le dió; y el tonto que le escucha entra en consulta con su memoria, entendimiento y voluntad, y sale de acuerdo que se los dé, pues ha conocido el mucho amor que le tiene y cuán desinteresada es; y pues se ha determinado á pedirle aquel dinero, y le envia prendas, cierta señal es ser grande, ó por lo menos precisa la necesidad. Dáselos, y dice á la recaudadora que se lleve las prendas, que excusada diligencia ha sido para con él el enviárselas, á lo que la criada responde: ¡Jesus mil veces! Lo primero que mi señora me dijo fué que las dejara; y si no bastaban, volviése por mas. ¡Ay Dios! Yo apostaré que

estima en mas este agasajo que cuanto hay en el mundo; en verdad que si la costó el determinarse á enviarlos á pedir á vuestra merced el desperdiciar mas rosas de su bello rostro que las que produce un mayo; bonita es la otra; por no pedir se dejara morir entre dos paredes; mal la conoce vuestra merced, no hay mujer de tal condicion en Madrid. El pobre simple la dice: Haga lo que la mando, y no se meta en mas, que vuelva las prendas á su señora, y la diga no sea tonta. La moza ha menester poco, y parte mas veloz que el tiempo. Su señora la recibe contenta, porque la ve venir alegre, y dice: ¿Qué hay? ¿Picó el pez? A que responde la criada: Con tal gracia le puse yo el cebo, al instante cayó. Ensénala las prendas y el dinero, no tan cabal como él se lo dió, pues la sisa sus principios los tuvo en la fregatriz servidumbre, y la taimada dice: Mas da el duro que el desnudo, vayan cayendo estos peces, y á su cuenta ve por algo con que nos regalemos.

El tal pagote, lleno de confusiones, sintiendo el dinero que ha salido de su bolsa, dice entre sí: No es posible que esta mujer haya enviado á pedir este dinero sin grande ocasion, pues en todo el tiempo que ha que la conozco no me ha empeñado en nada, ni su agrado ha dado muestras de interesado; pues si esto es así, en una ocasion no ha de ser un hombre tan laceriado que no socorra á una mujer que le quiere. Por este camino y por otros, que sus habilidades arbitran, los van limando poco á poco las haciendas, sin desuiciarse de la letra general en los dias mas festivos del año, cuando saben que ha de ir á verla su galan el estar muy tristes, y la criada bien avisada; y si pregunta, como es fuerza gastador de aquel ejército de drogas, la causa, responde con el pañuelo en los ojos; y la segunda dama hace su papel al vivo, y dice, publicando su semblante tristeza: ¿Qué quiere vuestra merced que tenga mi señora, que de puro buena la suceden lances como el que ahora está llorando? Ayer amparó aquí á una mujer porque vino diciendo la habia sucedido un disgusto en su casa, y en el inter que se apaciguaba, la recogiese mi señora en la fuga; hizolo, como Juana de buena alma, y esta mañana cuando fui por de comer se fué, y la llevó el manto, que solo las puntas habian costado treinta de á ocho, y demasiado de corta anduvo, pues no se llevó mas. Muy bien empleado está, dícelo la picarona cabeceando, y mirando á su ama; con que el tontonazo lo cree, hallándose en la obligacion y empeño de darla para otro. Y esto lo usan con los que llaman duros de bolsa, y tampoco se les olvida la intontona en las mayores holgas de esconder la gargantilla ó manillas, y alborotarse con el tonillo de: ¡Ay triste de mí! entrándose en la bulla del desmayo, para que llegue el galan muy tierno á preguntar la causa; y sabida, aunque con dolor de su bolsa, la ofrece otra, y ella le paga con melindres dan á montones. Y deste modo van ablandando y rindiendo aquellas inexpugnables bolsas de hierro, sin hacer reparo el paciente gastador en que traen el cebo á la vista, y tapado el anzuelo, hasta